

¿No se podría inventar un coche que consumiera menos guerras?

El Roto

En pie de paz

El año 2003 pasará a la historia como el año de la globalización de la resistencia antibelicista y antimperialista. Como es sabido, el 15 de febrero más de 10 millones de personas desfilaron por las calles de 600 ciudades de los cinco continentes para expresar su rechazo a la anunciada invasión de Iraq. Y en menor número, en personas y en ciudades, lo volvieron a hacer el 15 de marzo, el 20 de marzo, el 22 de marzo, el 12 de abril, el 1 de junio y el 27 de septiembre. Dicho movimiento ha sido la expresión pública de una corriente de opinión de alcance planetario claramente enfrentada a la actual política norteamericana. Una encuesta realizada en 40 países por Gallup Internacional, hecha pública en mayo pasado (El Mundo, 11-5-2003), arrojaba un resultado claro en ese sentido. Entre otras opiniones, dicha encuesta mostraba que la mayoría de las personas consultadas consideraba que el planeta era más peligroso tras las guerras de Afganistán e Iraq; que esta última no estaba justificada por la caída de Sadam Husein; que el resultado de la guerra no proporcionaba paz y estabilidad a Oriente Medio; que la ONU se había visto seriamente dañada por esos acontecimientos; o que Estados Unidos no debía atacar a Siria ni siquiera en el supuesto de que se probase su relación con grupos terroristas. En la Unión Europea, el rechazo a la política de Bush era ampliamente compartido por la inmensa mayoría de sus habitantes. Según el Eurobarómetro Flash nº 151, dado a conocer el 3-11-2003, la mayoría de las poblaciones de los estados de la ue, con la única excepción de la de Dinamarca, estimaba que la intervención militar en Iraq no estaba justificada, y que, además, el Estado de Israel era la mayor amenaza a la paz mundial, seguido de cerca por Irán, Corea del Norte y los propios EEUU. Todo lo cual quedaba bastante lejos de la visión del mundo difundida desde Washington.

En España asistimos a una de las movilizaciones más importantes desde la muerte de Franco (por no decir la más importante) que incluyó las manifestaciones más concurridas de su

historia, así como ayunos, protestas de actores, cantantes o modelos, manifiestos de intelectuales, acampadas, caceroladas, recogidas de firmas (más de dos millones, entregadas al Congreso de los Diputados), consultas populares (con la participación de 690.000 personas), paros laborales, cadenas y mosaicos humanos, encierros en facultades, boicots a los actos del pp y un largo etcétera. Esta movilización fue el reflejo público de una extensa oposición popular a los planes de la junta de Bush. Así, según el barómetro de febrero del gubernamental CIS, el 90'8% de los encuestados se declaraba contrario a la intervención militar en Iraq. Y un mes más tarde, de acuerdo con una encuesta del Instituto Opina (El País, 25-03-2003), el 85% de los españoles seguía rechazando el ataque militar contra ese desgraciado país. Esa corriente de opinión se mantuvo estable a lo largo de 2003, a pesar de que desde el final de la primavera dejó de traducirse en asistencia masiva a los actos de protesta. Según otra encuesta encargada por el Real Instituto Elcano (ver El País, 28-11-2003), en otoño todavía el 85% seguía considerando que la guerra no había valido la pena.

Por consiguiente, con verdad, se puede afirmar que el apoyo del gobierno español a la invasión de Iraq no se decidió con la aquiescencia de la ciudadanía, ni con su silencio, ni gracias a su pasividad o indiferencia. Esta vez es claro y diáfano que esa decisión se tomó en contra de su voluntad soberana.

¿Para qué sirve manifestarse?

Una de las preguntas más recurrentes formulada por los periodistas a los portavoces de las plataformas antibelicistas ha sido: «¿para qué sirve manifestarse contra la guerra?» La manifestación podía ser de 2.000, de 10.000, de 50.000, de 100.000, de 300.000 o de 1.000.000 de personas. Podía tratarse de manifestaciones que llenaban el mismo o el doble del espacio urbano ocupado con anterioridad por manifestaciones contra esta, contra el golpe del 23-F o a favor de la concesión de Estatutos de Autonomía, y que, en su momento, fueron calificadas por todos los medios como «históricas», «reflejo fiel de la voluntad ciudadana», «expresión unánime de rechazo a...». No importaba, los periodistas no se cansaban de repetir, una y otra vez, la misma pregunta. Se puede especular todo lo que se quiera acerca de las reales intenciones de los periodistas o de sus jefes de redacción. Pero eso no es relevante. Lo importante es que esa misma pregunta se la deben haber hecho después muchas de las personas que participaron en las movilizaciones.

Es un error propio de jóvenes e inexpertos universitarios proponer campañas concebidas a partir de su propia situación vital (lo que incluye mucha disponibilidad de tiempo). Si no se es

La multitud frente al poder desnudo

Escrito por José Luis Gordillo

Sábado, 11 de Enero de 2003 11:36 -

consciente del carácter excepcional de la misma, se puede creer posible incluso convocar una huelga general cada quince días. El grueso de la población vive de trabajos inseguros, mal pagados y con horarios infernales, cuida de varias personas y, por ello, lleva una vida ajetreada que no le deja mucho tiempo para asistir a manifestaciones. Hacerlo, para muchas personas, supone un cierto sacrificio. El común de los mortales está dispuesto a asumirlo si con él se puede alcanzar algún objetivo práctico concreto.

Las manifestaciones del 15 de febrero generaron la débil esperanza de que era posible parar la guerra o, al menos, conseguir que España se aproximase a la posición antibélica de Francia y Alemania. Esa esperanza se empezó a desvanecer cuando Aznar compareció al lado de Bush y Blair en la reunión de las Azores; y recibió la puntilla el 20 de marzo, es decir, el día en que comenzó la invasión. La gran indignación que ese hecho provocó, sin embargo, hizo posible que esa esperanza fuese sustituida por otra de menor envergadura, a saber: la de hacer pagar un precio político al partido del gobierno por haber hecho lo contrario de lo que demandaba la población. «Aznar, dimisión» y «No votar a los partidarios de la guerra» fueron las frases más aplaudidas y coreadas en las manifestaciones de los días posteriores. Se trataba de una esperanza que tenía como fundamento una cierta fe en las potencialidades democráticas de nuestro sistema político. Esta segunda esperanza comenzó a diluirse, no obstante, a raíz de las elecciones municipales y autonómicas del 25 de mayo o, mejor dicho, a raíz de la interpretación mayorritaria que hicieron los medios de comunicación de sus resultados.

Sin lugar a dudas, los del 25 de mayo no fueron los mejores resultados posibles, porque no consistieron en el desplome del partido de la guerra; pero, en sí mismos, tampoco eran contradictorios, como tanta gente creyó, con la voluntad manifestada en las calles a lo largo de la primavera.

La noche de las elecciones, Aznar vino a decir que como su partido no se había hundido, eso equivalía a una victoria. Javier Arenas añadió, más tarde, que como eso era una victoria entonces también se podía considerar que las urnas habían «respaldado» las decisiones más polémicas del gobierno. Los cientos de simpatizantes y militantes congregados ante la sede del PP, en la calle Génova de Madrid, quedaron tan convencidos de esta interpretación que, según la prensa, acabaron tarareando el himno de los Estados Unidos. Dicho con otras palabras: la dirección del partido de los pajaritos convirtió esas elecciones en un referéndum sobre la guerra y afirmó, además, que lo había ganado. Lo verdaderamente sorprendente es que esa interesada valoración fue tomada en serio por casi todo el mundo en los días posteriores.

El carácter falaz de esa interpretación no es difícil de mostrar: el PP no fue el partido más

votado: lo fue uno que se había opuesto a la guerra (el psoe, aun-que por una diferencia mínima, es cier-to, de unos cientos de miles de votos). Pero, además, a los del PSOE se le po-dían sumar los votos del resto de parti-dos contrarios a la intervención militar (iu, icv-euía, pnv, CiU, etc, bng, Chunta Aragonesista, etc.), lo que arrojaba un resultado de más de 12 millones de vo-tos antiguerra frente a los 7 millones 700 mil obtenidos por el PP. Y después esta-ban los 11 millones de personas que se abstuvieron. De ellas se podía decir, al menos, que no habían respaldado al gobierno (y la abstención fue segura-mente la opción de muchos antiguos votantes antibelicistas del PP que no estaban dispuestos a votar a otros par-tidos). Por tanto, si las elecciones «res-paldaron» algo fue, en todo caso, el amplio rechazo a la invasión, reflejado con anterioridad en todos los sondeos de opinión y en la masiva asistencia a las manifestaciones de febrero, marzo y abril.

Esta otra interpretación puede resul-tar extraña a muchos, mientras que la de Javier Arenas no se lo pareció a casi nadie. De hecho, ningún dirigente de ningún partido invocó el resultado de esas elecciones para pedir el retorno inmediato de los soldados españoles y para exigir de nuevo la dimisión de Aznar o, como mínimo, para solicitar la convocatoria inmediata de elecciones generales. Y conviene preguntarse por qué.

Democracia elitista versus democracia participativa

La primera respuesta tiene que ver con la forma de concebir la democracia que tienen las clases dominantes occidenta-les. Se trata de una concepción que no se entiende primordialmente como un conjunto de prácticas y procedimientos para que la población determine el con-tenido de las decisiones políticas, sino como un mero procedimiento para ele-gir a quienes deben tomar las decisio-nes, con independencia de lo que la gente desee. Es una visión teorizada por autores como Weber, Schumpeter, Huntington o Sartori, entre otros. Esa concepción determina, incluso, la mis-ma lectura que normalmente se hace de los resultados electorales: éstos no son demasiado relevantes para conocer las aspiraciones de los ciudadanos, sino, sobre todo, para saber quién va a gober-nar. Eso explica que tantos periodistas aceptaran y repitieran, de forma tan acrítica, la «interpretación» de Javier Arenas. Muchos debieron pensar que, con una diferencia tan corta entre los dos principales partidos, no se podía descartar una nueva victoria del pp en las elecciones generales de 2004.

La segunda respuesta tiene que ver con la escasa autonomía cultural de mi-llones y millones de personas. Casi la mitad de la población no lee periódicos, ni revistas, ni libros, ni se conecta a inter-net. Su opinión sobre cualquier asunto se forma, además de por lo que oye en su

La multitud frente al poder desnudo

Escrito por José Luis Gordillo

Sábado, 11 de Enero de 2003 11:36 -

entorno familiar, de amistades o laboral, a partir de lo que ve y escucha en la tele-visión y en la radio. Por consiguiente, nadie tuvo en cuenta esa otra interpretación porque nadie la explicó, varias veces y con insistencia, a través de los grandes medios de comunicación.

En ese sentido también conviene re-flexionar sobre todo lo que supuso que el carácter masivo de la protesta comen-zase después de la gala de los Goya, y también que en lugares como Barcelona fuesen las televisiones las que convoca-ron, por primera vez en la historia, las manifestaciones antiguerra. Dice Pierre Bourdieu que los jugadores del «campo de la política» no son sólo los políticos profesionales, sino éstos más los perio-distas. Lo ocurrido en Barcelona confir-ma plenamente este aserto. Entre los miembros de la Plataforma Aturem la Guerra había mucha consciencia de ello, hasta el punto de que la aceptación de los grandes partidos institucionales en la misma tuvo bastante que ver con la con-vicción de que, con ellos dentro, las te-levisiones públicas y privadas darían una gran cobertura a los actos convocados por la Plataforma, como así fue. Pero ese verdadero «pacto con el diablo» tiene un inconveniente: no se rompe la dependen-cia cultural de la mayoría de la población con los medios. De ahí que cuando éstos proclamaron que «la guerra había termi-nado», como ocurrió a partir del 10 de abril, se acabó también el interés del gran público por la protesta antibelicista. Cuando, además, desde esos medios se les dijo que los resultados de las eleccio-nes habían supuesto un jarro de agua fría para los activistas por la paz, el desáni-mo y la desmovilización se extendieron como un reguero de pólvora. Y, finalmen-te, cuando con el affaire de la comunidad de Madrid se transmitió el mensaje de que la alternativa a este gobierno podía ser uno del psoc (esto es, del partido de los grandes escándalos de los años no-venta) en cuyas listas todavía proliferaban los diputados corruptos y tráfugas, la vuelta a la apatía se convirtió en un fenó-meno de masas.

De todo ello cabe concluir que el sig-nificado de la palabra «democracia» no es pacífico y que debería ser el objeto de una gran batalla cultural. De hecho, sus primeras escaramuzas ya comenza-ron a librarse en el transcurso de las movilizaciones de 2003. Así, por ejem-plo, en la Plataforma de Barcelona se decidió que en todas las cabeceras de las manifestaciones habría dos pancar-tas, y que la primera la sostendrían ciu-dadanos anónimos y la segunda los di-rigentes políticos y sindicales más conocidos (en la del 15 de febrero, eso incluyó al Presidente del Parlamento de Catalunya). El mensaje simbólico que se pretendía transmitir con ello era que, en una democracia, primero van los ciuda-danos y sus opiniones y después los dirigentes políticos, dado que éstos sólo son los representantes y mandatarios de aquellos. Es decir, exactamente lo con-trario de lo que el gobierno estaba di-ciendo y haciendo en aquel momento.

La multitud frente al poder desnudo

Escrito por José Luis Gordillo
Sábado, 11 de Enero de 2003 11:36 -

Pero la aludida batalla cultural hay que plantearla, asimismo, por un motivo que trasciende la discusión sobre el significado de esa gran palabra. Hay que darla también porque la mentira no se puede convertir en el centro del debate público.

Paradójicamente, quienes defienden y practican la concepción «elitista» de la democracia están muy atentos a lo que dicen los sondeos de opinión. Y cuando sus resultados no son funcionales a sus proyectos, ponen en marcha carísimas campañas de propaganda para volver del revés el cerebro a la gente. Como decía Manuel Sacristán, eso convierte a la política en el arte de llevar a las poblaciones hacia donde no quieren ir.

Por otra parte, en flagrante contradicción con sus propias premisas, intentan utilizar a su favor el otro significado de la palabra en cuestión (es decir, de la democracia entendida como participación popular en la toma de decisiones colectivas). Cuando Javier Arenas proclamó que el resultado de las elecciones se podía interpretar como un «respaldo» a las decisiones más «polémicas» del gobierno, lo que pretendía era deslegitimar las movilizaciones sugiriendo que éstas reflejaban una opinión minoritaria respecto a la voluntad «mayoritaria» expresada en las urnas. Pero eso no era verdad porque ocultaba el significado de los millones de votos obtenidos por todos los partidos que, por convicción o por haber sido arrastrados por la fuerza de las movilizaciones, se habían declarado contrarios a la aventura iraquí. Era, en definitiva, una mentira más de las muchas que el partido del gobierno dijo en relación con toda esta gran farsa.

Una mentira repetida mil veces es... una mentira

El éxito de la movilización mundial influyó, sin duda, en el ánimo de Schröder y Chirac. Sin las manifestaciones del 15 de febrero, ¿hubieran aguantado el tipo en el Consejo de Seguridad estos dos veleidosos dirigentes políticos? El primero había ganado las elecciones de 2002 gracias a su toma de posición antibelicista. Dar un giro de 180 grados sólo cuatro o cinco meses después, le hubiera supuesto una pérdida absoluta de credibilidad. En el caso de Chirac no se puede olvidar que en el pasado se había visto envuelto en escándalos de corrupción. Su reelección se debió más al miedo a Le Pen que a sus propias y dudosas virtudes. Tras los acontecimientos de 2003 y gracias a las manifestaciones, Chirac, en cambio, se transformó en una especie de De Gaulle redivivo. Su generosa financiación al II Foro Social Europeo, celebrado en París en noviembre de 2003, bien puede ser vista como una muestra de agradecimiento al movimiento que le salvó la carrera política y le aseguró un puesto destacado en la historia de Francia, de Europa y del mundo.

La supuesta posesión de armas de destrucción masiva, más las supuestas relaciones del régimen de Sadam Husein con el «terrorismo internacional», fueron los dos temas estrella de la propaganda bélica norteamericana en los meses previos a la guerra. Y lo fueron porque de alguna manera había que justificar la invasión, a partir del Derecho Internacional vigente, ante el resto de gobiernos y ante la opinión pública mundial. El otro argumento, el de acabar con un dictador ciertamente brutal e «im-plantar la democracia» (otra vez, la gran palabra), no podía ser invocado para obtener una resolución favorable del Consejo de Seguridad, pues era y es frontalmente contrario a lo prescrito en el art. 2, 4 de la Carta de la ONU que dice: «Los miembros de la organización, en sus relaciones internacionales, se abstendrán de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier Estado, o en cualquier otra forma incompatible con los propósitos de las Naciones Unidas». Si los estados miembros del Consejo lo hubiesen aceptado, entonces también habrían aceptado que el principio de la soberanía dejaba de ser uno de los pilares básicos del orden internacional y que, pasado mañana, sus países podían ser invadidos, por los EEUU o por sus vecinos más poderosos, exclusivamente por la naturaleza de su régimen político (y piénsese en Siria, en Arabia Saudí y el resto de las petromonarquías del Golfo, en Pakistán, en Cuba, en Rusia, en China, etc.). Un orden internacional que no se fundamenta en la inviolabilidad militar de los Estados y en su independencia política es un orden que se rige, en última instancia, por la ley del más fuerte. Un orden así, a la larga, sólo puede conducir a la paz del Imperio Único o a una situación internacional muy inestable en la que sean frecuentes los conflictos armados entre estados.

En cualquier caso, a medida que aumentó el rechazo a la invasión se incrementó, asimismo, la intensidad de la campaña de propaganda. El lamentable espectáculo de Colin Powell en el Consejo de Seguridad de la ONU, el 5 de febrero, presentando como pruebas irrefutables lo que no eran nada más que especulaciones y conjeturas pueriles, dan cuenta del gran esfuerzo propagandístico (y del inmenso ridículo) que se vieron obligados a hacer. Pero también es un síntoma evidente del tremendo desafío que les planteó la movilización mundial.

Asimismo, las manifestaciones sirvieron para inspirar, entre otros, a editores y a periodistas. De entrada, el carácter masivo e internacional de la protesta sugería que informar sobre la guerra, y sobre las críticas a la misma, podía convertirse en una buena oportunidad para vender más periódicos, revistas, libros y para aumentar los índices de audiencia de los telediarios. Y que lo podía seguir siendo después de que los americanos llegaran a Bagdad, como así sucedió. Fue por eso que la pregunta: «¿dónde están las armas de destrucción masiva?» se acabó convirtiendo en un clamor mundial durante el verano, el otoño y el invierno. Ante lo cual, los veteranos de otras movilizaciones, tras unírnos a ese coro, podríamos añadir: ¿y dónde están los cadáveres de los cientos de miles de albanos-kosovares supuestamente asesinados por los soldados serbios que, según el Pentágono y la OTAN, justificaron los bombardeos sobre Yugoslavia? ¿y los jamás encontrados bebés kuwaitíes

sacados de las incubadoras y lanzados por las ventanas por la tropas iraquíes en 1990? ¿Y por qué, después de la guerra contra Yugoslavia o de la primera Guerra del Golfo, hubo tan pocos periodistas interesados en explicar la falsedad de todas esas mentiras? La respuesta está clara: porque no hubo movilizaciones como las del año pasado. Gracias a ellas no decayó el interés en informar sobre todo lo que tenía que ver con ese asunto, con las consecuencias de la invasión y con lo que ha ocurrido después de la ocupación, al contrario de lo sucedido en relación con Yugoslavia después de 1999 o con el Iraq posterior a 1991.

Un paseo militar sobre arenas movedizas

Tras la toma de Bagdad, los mismos que habían iniciado la guerra declararon de forma unilateral su final. Eso provocó una curiosa contradicción: oficialmente en Iraq ya no había guerra, pero la ocupación estaba provocando más muertes de soldados occidentales que la invasión misma. Ésta provocó el desmoronamiento, prácticamente, de todo el aparato administrativo del Estado iraquí, a consecuencia de lo cual el país se vio abocado a una situación de caos y violencia social. Además, como reacción a la invasión, pronto apareció un variopinto movimiento de resistencia que practicaba tanto el sabotaje económico (voladura de oleoductos, etc.) como el ataque directo contra las tropas invasoras. Lo que inicialmente había comenzado como un paseo militar se fue transformando, poco a poco, en una tradicional guerra de guerrillas anticolonial.

En esta nueva fase, diversas figuras públicas que se habían opuesto a la guerra en febrero empezaron a clamar a favor de echarle una mano a Bush. En nuestro país, americanistas como Jordi Pujol, Artur Mas o Felipe González, partiendo de la premisa de que «Estados Unidos no puede fracasar en Iraq», abogaron por «cerrar la brecha» entre Europa y EE UU y por atribuir un mayor protagonismo a la ONU en la ocupación, pero, eso sí, sin proponer, al mismo tiempo, quitárselo a los americanos. De ahí que todos estos personajes juzgasen como contraproducente cualquier petición de retirada inmediata de las tropas ocupantes, es decir, del principal agente que había provocado la desestabilización de Iraq y que era la causa directa de la proliferación de asesinatos y atentados. Un punto de vista en sí mismo incoherente pero con gran aceptación entre las élites políticas y empresariales. En este nuevo clima, al que también había contribuido el descenso de participación en los actos de protesta, los gobiernos francés y alemán comenzaron un lento y sinuoso cambio de posición que, de entrada, se tradujo hacia finales de mayo en su apoyo a la resolución 1483 del Consejo de Seguridad, en la cual, sin legalizar de forma explícita la invasión, se reconocía como legítima la autoridad establecida por los ocupantes, se concedía a éstos el control político y económico del país y se les instaba a que restableciesen las condiciones de «seguridad y estabilidad». Casi cinco meses más tarde, el Consejo de Seguridad daba un nuevo espaldarazo a la operación

aprobando por unanimidad la resolución 1511, un auténtico hito en la historia reciente del Derecho Internacional. En ella se afirmaba que la soberanía de Iraq residía, no en el pueblo, sino en el Estado iraquí; y por tal cosa había que entender el Consejo de Gobierno nombrado a dedo por los norteamericanos, el cual, según la misma resolución, debía convocar una conferencia cuya función sería redactar una constitución en virtud de la cual después se celebrarían elecciones. No debía convocar primero elecciones para elegir una asamblea constituyente que después sometiera a referéndum un proyecto de constitución, sino que debía imponer un texto en cuya elaboración y promulgación la población de Iraq no tendría ni arte ni parte. A eso Bush y sus propagandistas lo llamaron «implantar la democracia», cuando su verdadero nombre es «colonialismo», sin más. La hipotética utilidad de dichas resoluciones tenía más que ver con un intento de cambiar las corrientes de opinión en los países occidentales que con la situación interna de Iraq. En España, su consecuencia más visible fue el cambio de actitud del principal dirigente del PSOE, José Luis Rodríguez Zapatero, quien, tras afirmar que se sentía «cómodo» con la resolución 1511, dejó desde entonces de hacer críticas de fondo a la línea seguida por el gobierno, dejó de exigir el retorno de las tropas invasoras y se unió al coro «patriótico» con motivo del asesinato de los espías españoles.

Todo eso empezó a hacer mella en la opinión pública española. Si en septiembre el 68% de los encuestados —frente a un escaso 16'6% a favor— por el Instituto Opina (El País, 9-9-2003) estimaba que las tropas españolas debían regresar inmediatamente, y un 10'3% consideraba que debían volver si no había un mandato de la ONU, en noviembre ya era sólo el 40% de los encuestados el que creía que los soldados españoles debían regresar de forma inmediata, frente a un 44% que aceptaría su presencia en Iraq si entraban a formar parte de una fuerza multinacional bajo mandato de la ONU (El País, 28-11-2003).

Balance y perspectivas

The New York Times calificó a los millones de personas que se manifestaron el 15 de febrero como la única «superpotencia» capaz de hacer frente a los Estados Unidos. Esos millones de personas han hecho visible la profunda crisis de legitimidad en la que está sumida la política exterior norteamericana. Y eso ha ocurrido tan sólo una década después del final de la guerra fría, cuando Estados Unidos se autoproclamó su vencedor indiscutible, y habiendo transcurrido únicamente un año y medio desde la declaración de la «guerra contra el terrorismo». Es como si se hubiese cumplido aquella intuición profética de E.P Thompson, [\[1\]](#) según la cual, en un mundo bipolar, si de pronto desaparecía uno de los dos bloques, el otro podía abalanzarse hacia el vacío debido a la inercia de su propio impulso.

El movimiento fue el que introdujo un poco de racionalidad en el debate, al señalar al petróleo y a los planes de reordenación de la zona de Oriente Medio como los principales motivos de la invasión. Las declaraciones del subsecretario de defensa norteamericano, Paul Wolfowitz, reconociendo lo primero como el motivo fundamental de la operación (El País, 5-6-2003), dieron con posterioridad la razón al movimiento. Éste, por tanto, ha contribuido de forma decisiva a mostrar la desnudez del emperador.

Sin embargo, la junta de Bush, tras su estrepitoso fracaso diplomático en el Consejo de Seguridad, cifró el éxito de la operación en la situación de hecho generada por el ejercicio de la fuerza bruta. El progresivo cierre, a lo largo del otoño, de la grieta que se abrió entre las potencias occidentales indica que no fue una apuesta tan arriesgada como parecía a principios de año. El ejercicio de la fuerza bruta, en lo inmediato, no se puede impedir con manifestaciones, sobre todo si quienes lo promueven no se sienten interpelados por millones y millones de manifestantes. Frente a este tipo de gobernantes no sirven ni las manifestaciones, ni los sondeos de opinión, ni las caceroladas, ni las consultas populares, ni los paros laborales. Tampoco sirve un resultado adverso en unas elecciones, como se ha visto más arriba. Ahora bien, si todo eso no sirve, ¿por qué tenemos entonces que aceptar la reiterada afirmación de que la política exterior y de defensa, en Estados Unidos o en España, es una política democrática? ¿Y si de una vez por todas partiésemos de la premisa de que la política exterior y de defensa es una imposición que, en este sistema, nunca ha reflejado las aspiraciones de la población? La formación de dos grandes bloques militares, tras la segunda guerra mundial, comportó un recorte en la soberanía de sus Estados miembros. Lo sucedido en nuestro país a lo largo de 2003 muestra que ese rasgo continúa vigente. Dicho de otra forma: para nosotros la guerra fría no ha terminado.

Lo que no debe interpretarse como un desprecio ni por los mecanismos legales de participación, ni por las perspectivas de cambio que han abierto las movilizaciones. En ese sentido conviene no minusvalorar el coste político que han tenido que pagar Bush, Blair y Aznar por su sangrienta apuesta. Los tres se han enfrentado a serios problemas internos. El primero, a un descenso de apoyo popular que auguraba que su posible reelección, en el año 2004, no estaba ni mucho menos garantizada. [\[2\]](#) El segundo, a una caída en picado de su popularidad como consecuencia de la evidencia de sus mentiras y del siniestro asunto de la muerte de su asesor David Kelly. El tercero, a una profunda incertidumbre respecto a las expectativas de su partido justo al principio de un largo ciclo electoral. El único momento en que el PSOE aventajó al PP en los sondeos electorales fue, precisamente, en el momento más álgido de las movilizaciones contra la guerra. El susto, en la dirección del PP, debió ser mayúsculo.

A lo que se puede añadir que el futuro político de esos tres dirigentes y de sus partidos seguirá dependiendo de lo que ocurra en Iraq. La invasión hasta ahora ha provocado más caos, más violencia y más inestabilidad en una zona del mundo de la que depende una buena parte del aprovisionamiento energético del mundo industrializado. El éxito de esta aventura neocolonial depende de si se alcanza o no una estabilidad política interna. Eso exige la sumisión de la población iraquí y el cese de las acciones de la resistencia. Para conseguirlo las fuerzas invasoras deberán emplear toda su fuerza represiva contra los sectores sociales que han expresado, de forma violenta y no violenta, su rechazo a la ocupación. La citada resolución 1511 autorizaba a la llamada «fuerza multinacional bajo mando unificado», es decir a las fuerzas ocupantes dirigidas desde Washington, a que tomase «todas las medidas necesarias [cursiva mía] para contribuir al mantenimiento de la seguridad y estabilidad de Iraq». Eso equivalía a dar una cobertura legal a los crímenes y desmanes cometidos por los soldados ocupantes. Sin embargo, esas medidas pueden fácilmente provocar un efecto contrario al deseado, esto es, pueden generar más rechazo a la ocupación y más apoyo a la resistencia. En el momento de entregar esta nota (diciembre 2003), continúa el goteo diario de víctimas y no hay nada que permita pensar que Iraq va a dejar de ser, en un futuro próximo, una auténtica ratonera para las tropas invasoras. A quienes les resulte imposible imaginar un «fracaso» de Estados Unidos en Iraq les conviene leer la entrevista a Norman Schwarzkopf, el general norteamericano que dirigió las operaciones militares durante la primera Guerra del Golfo, publicada en el diario El Mundo, 23-3-2003. En ella, a la pregunta de por qué en 1991 no llegaron hasta Bagdad «a rematar el trabajo», Schwarzkopf contesta: «Sobre la cuestión de Bagdad recuerde vietnam, donde no teníamos ningún marco legal internacional para hacer lo que hicimos. El resultado fue que primero perdimos la guerra de la opinión pública mundial y, finalmente, perdimos la guerra en casa. [...] si hubiéramos marchado hacia Bagdad, dudo que los franceses nos hubieran seguido y estoy seguro de que los árabes tampoco; la coalición aliada se hubiera desintegrado y los únicos que hubieran seguido adelante habrían sido EEUU y Gran Bretaña. ¡Ah!, por cierto, pienso que aún seguiríamos allí, como un dinosaurio atrapado en una ciénaga de brea, sin poder retirarnos y convertidos en una fuerza de ocupación.»

El desenlace de esta guerra va a determinar el orden internacional del siglo xxi. Si Estados Unidos fracasa en Iraq, los planes para implantar un orden uni-polar sufrirán un duro revés. Eso puede allanar el camino hacia un nuevo orden multipolar más justo y más atento a las necesidades de los países empobrecidos.

Mientras tanto, el movimiento debería ser capaz de recuperar la iniciativa presentando un plan alternativo para la posguerra iraquí. También debería poner más énfasis en las grandes cuestiones civilizatorias que guardan relación con esta anacrónica campaña neocolonial. Pienso en asuntos como el modelo energético, el modelo de transporte o el alcance deseable del comercio mundial. Como tantas otras veces, El Roto ha sido quien mejor ha sabido resumir el problema de fondo al plantear, en uno de sus chistes, la pregunta que encabeza este

La multitud frente al poder desnudo

Escrito por José Luis Gordillo

Sábado, 11 de Enero de 2003 11:36 -

escrito. La res-puesta práctica a esa pregunta, si se piensa bien, implica poner patas arriba nuestra civilización.

[1] Vide Thompson, E.P, «The Ends of Cold War» en la *New Left Review*, n° 182, julio-agosto 1990, pp. 139-146.

[2] La popularidad de Bush remontó un poco a raíz de la detención de Saddam Husein, valorada muy positivamente por una población a quienes los medios de comunicación habían hecho creer que el dirigente iraquí había participado en la organización de los atentados del 11 de septiembre.